

1

La siguió por el bosque de detrás de la casa. El suelo estaba lleno de residuos invernales, hojas muertas y ramas caídas en los últimos seis meses, que se descomponían bajo un manto de nieve. Es posible que ella oyera sus pasos. Es posible que, girándose, lo viese con el pasamontañas de lana negra del que se encontraron fibras debajo de sus uñas. Al caer ella de rodillas se partieron como huesos viejos los restos de ramas quebradizas, que le hicieron arañazos en la piel desnuda. Con la cara y el pecho contra el suelo, probablemente presionados por la parte exterior del antebrazo de él, debió de sentir el contacto del agua que vaporizaban a seis o siete metros los aspersores del césped. Cuando la encontraron tenía el pelo mojado.

De más pequeña perseguía los aspersores de su casa, tratando de atraparlos al calor de las tardes de verano, o esquivarlos en el aire fresco de un anochecer primaveral. Su hermano, bebé entonces, la perseguía desnudo, con esa barriguita y esos brazos que agitaba sin coordinarlos del todo con sus piernas menudas. A veces se les sumaba el perro, con ladridos tan fuertes que se sobreponían a las risas. Media hectárea de césped verde, mojado y resbaladizo. Todo un cielo a la redonda, con sus blancas nubes de algodón. Su madre estaba en casa, mirándolos por la ventana. Su padre llegaría pronto de sitios que dejaban olores en su traje: el café recalentado del

despacho del concesionario, cuero nuevo, goma de neumático... Ahora eran recuerdos dolorosos, a los que sin embargo acudió inmediatamente cuando le preguntaron por los aspersores, y por si estaban encendidos en el momento en que corría por el césped, hacia el bosque.

La violación duró casi una hora. Parece imposible que lo averiguaran. Si lo hicieron fue por la coagulación de la sangre en los puntos de penetración, y por las distintas fases de amortamiento de la espalda, los brazos y el cuello, en función de cómo iba cambiando el método del agresor para retenerla a la fuerza. Durante esa hora continuó la fiesta tal como la había dejado. Debí de verla desde el suelo, con la intensa luz que parpadeaba en las ventanas por el tránsito de siluetas entre las habitaciones. Era una fiesta multitudinaria, con el décimo curso prácticamente en pleno, y algunos grupos de noveno y undécimo. El instituto de Fairview era pequeño, hasta para el Connecticut más suburbano, con una división en clases mucho más relajada que en el resto de la zona. Equipos deportivos, grupos de teatro, conciertos... Todo mixto. En algunas clases hasta se saltaban los límites de un curso a otro, y los mejores alumnos en matemáticas e idiomas subían un nivel. A Jenny Kramer nunca la habían puesto en una clase adelantada. Aun así, se consideraba una chica inteligente, y con un acerado sentido del humor. También era buena deportista: natación, hockey sobre hierba, tenis... No obstante, tenía la impresión de que todo ello careció de importancia hasta que maduró su cuerpo.

Nunca había estado tan contenta como la noche de la fiesta. No descarto que hiciera el comentario de que *Va a ser la mejor noche de mi vida*. Tras varios años de adolescencia sobreprotegida, que es la conclusión a la que he llegado, le

parecía que por fin era ella misma. La crueldad de los aparatos dentales, de los restos de grasa infantil, de los pechos demasiado pequeños para un sujetador, pero que le abultaban la camiseta, del acné, del pelo imposible de peinar... Por fin quedaba todo atrás. Siempre había sido la «chicazo», la amiga, la confidente de chicos invariablemente interesados por otras. Por ella nunca. Lo decía ella, no yo, aunque tengo la impresión de que lo describía muy bien para sus quince años. Era más lúcida de lo habitual. A pesar de lo que le habían inculcado —como a todos— sus padres y sus profesores, estaba convencida (y en eso coincidía con otras de su edad) de que en Fairview la mayor baza de las chicas seguía siendo la belleza. Por eso conseguirla, después de tanto tiempo, le había parecido como ganar la lotería.

Luego el chico, Doug Hastings. La invitó a la fiesta el lunes, en el pasillo, entre Química e Historia de Europa. En eso fue muy concreta. En eso y en la ropa de él, y en su expresión, y en que se le veía un poco nervioso, a pesar de su afectada indiferencia. Durante el resto de la semana casi solo pensó en lo que se pondría, y en cómo se peinaría, y en el color que elegiría cuando fuera a hacerse las uñas con su madre el sábado por la mañana. A mí me sorprendió un poco. Por lo que he visto de Doug Hastings, no me cae muy bien. Como padre me considero con derecho a este tipo de opiniones. No es que no lo compadezca por su situación —un padre que es un animal y una madre a quien no se le da muy bien ese papel—, pero me pareció un poco decepcionante que Jenny no calara al chico.

La fiesta cumplía todas sus expectativas. Los padres fuera del pueblo, los niños fingiendo ser adultos, combinando cócteles en vasos de Martini y bebiendo cerveza en vasos de

cristal tallado... Fue donde se encontró con Doug, pero no estaba solo.

La música sonaba a todo volumen. Debió de oírla incluso en el lugar de la agresión. Las canciones eran todo megaéxitos, los que decía ella que se sabía, con esas letras que se te graban en la cabeza. Pero ni la música ni el murmullo de risas que salía por las ventanas abiertas debió de silenciar otros sonidos más cercanos: los de la depravación de su agresor y los gritos guturales de la propia Jenny.

Cuando él acabó, y se perdió en la oscuridad, Jenny, apoyándose en un brazo para hacer palanca, despegó su cara del sotobosque. Es posible que sintiera el aire en la piel de la mejilla, que hasta entonces no había estado al descubierto. Es posible que en ese momento se diera cuenta de que la tenía mojada. Se le quedaron algunos hierbajos enganchados, como si le hubieran impregnado la cara de un pegamento que ya se empezaba a secar.

Así, apoyada en el antebrazo, debió de oírlo.

En algún momento se incorporó y se quedó sentada. Se pasó el dorso de la mano por la mejilla. Cayeron al suelo restos de hojas secas. En ese momento debió de ver que tenía la falda arremangada por la cintura, dejando a la vista sus genitales desnudos. Parece ser que usó ambas manos para recorrer a gatas una breve distancia, probablemente para recoger su ropa interior. Cuando la encontraron, la tenía en la mano.

El ruido debía de ser cada vez más fuerte, porque en un momento dado llegó a oídos de otra chica y de su novio, que habían buscado intimidad bastante cerca, en el jardín. El peso de las manos y las rodillas de Jenny, que había vuelto a dirigirse a la franja de césped, debía de llenar el suelo de crujidos. Yo me la he imaginado a gatas, con la coordinación

entorpecida por la borrachera, y el tiempo detenido por el shock. Me la he imaginado haciendo una valoración de los daños en el momento en el que se detuvo y, al quedarse sentada, vio que su ropa interior estaba rota, y sintió el contacto del suelo en la piel de las nalgas.

La ropa interior demasiado desgarrada como para ponerse, y todo lleno de sangre pegajosa y tierra. El ruido cada vez más fuerte. Y la duda de cuánto tiempo había estado en el bosque.

Volvió a ponerse a cuatro patas, y a avanzar, pero el ruido era siempre más fuerte, fuera a donde fuese. Qué ganas locas debía de tener de huir y llegar al césped blando, al agua limpia de que estaba ahora cubierto, a donde había estado antes del bosque.

Después de un par de metros se volvió a parar. Quizá fuera entonces cuando se dio cuenta de que el ruido, el turbador gemido, salía de su cabeza y pasaba por su boca. Vencida por el agotamiento, se le doblaron las rodillas, seguidas por los brazos.

Dijo que siempre se había considerado fuerte, una deportista con una fuerza de voluntad tremenda. Fuerte de cuerpo y de cabeza. Se lo decía su padre desde que era pequeña. *Sé fuerte de cuerpo y de cabeza y vivirás bien.* Quizá se dijera lo mismo al levantarse. Quizás ordenara a sus piernas, y después a sus brazos, que se movieran, pero no sirvió de nada apelar a la voluntad. En vez de llevarla a donde había estado antes, piernas y brazos se encogieron en torno a su cuerpo magullado, sobre el suelo sucio.

Deshecha en lágrimas, con el atroz sonido que se hacía eco de ellas por su boca, al final la oyeron y la rescataron. Desde entonces se ha preguntado mil veces por qué nada de lo que

tenía dentro —sus músculos, su inteligencia, su fuerza de voluntad— fue capaz de impedir lo que ocurrió. No se acordaba de si había intentado resistirse y pedir ayuda a gritos, o bien se había resignado a que pasara. No la oyó nadie hasta después. Dijo que ahora entiende que cualquier batalla deje un conquistador y un conquistado, un vencedor y una víctima, y que aceptó la realidad: que a ella la habían derrotado por completo, irrevocablemente.

Cuando oí toda esta historia de la violación de Jenny Kramer, no habría sabido decir hasta qué punto era verdad. Era una historia reconstruida a partir de indicios forenses, testimonios, perfiles psicológicos criminales y los pocos e inconexos retazos de memoria que quedaron en Jenny después del tratamiento. Dicen que es milagroso que un tratamiento te borre del cerebro los más horribles traumas, pero claro, de mágico no tiene nada. En términos científicos tampoco es nada excepcional. Bueno, todo eso ya lo explicaré. Lo que quiero dejar de manifiesto ahora, al principio de la historia, es que para esta chica tan joven y guapa no fue ningún milagro. Lo que le quitaron del cerebro siguió vivo en su cuerpo y en su alma, y yo sentí el impulso de devolverle lo que le habían arrebatado. Quizás os parezca rarísimo, desprovisto de cualquier lógica. Y muy inquietante.

Ya he adelantado que Fairview es pequeño. Yo, durante años, había visto fotos de Jenny Kramer en el periódico del pueblo y en folletos escolares sobre obras de teatro o torneos de tenis colgados en el bar de Gina, en East Main Street. La reconocía por el pueblo, yendo por la calle, o saliendo del cine con amigas, o en un concierto del colegio, el mismo al que iban mis hijos. Tenía un aire de inocencia que no concordaba con su ansiada madurez. Hasta con la falda corta y

las camisetas que parece que se llevan ahora, esas que enseñan el ombligo, era una niña, no una mujer. Y al verla me sentía más optimista sobre el mundo. Mentiría si dijese que me inspira lo mismo toda la caterva de adolescentes que a veces parece que se hayan llevado cualquier asomo de orden de nuestras vidas como una nube de langostas. Enganchados a los móviles como drones en coma cerebral, indiferentes a todo menos a los cotilleos del corazón y a lo que les aporte una gratificación instantánea: vídeos, música y tweets, instagrams y snapchats para darse autobombo. Los adolescentes tienen un egoísmo innato. Sus cerebros no están maduros, pero hay algunos que es como si conservaran la dulzura con el paso de los años, y esos algunos destacan. Son los que te miran a los ojos cuando los saludas, sonrían con educación y te ceden el paso por la simple razón de que eres mayor que ellos, y entienden el sitio que le corresponde al respeto en una sociedad ordenada. Jenny era de esos.

Verla después, no ver esa alegría efervescente de otros tiempos, me inspiraba rabia contra el conjunto de la humanidad. Sabiendo lo que había pasado en el bosque, era difícil impedir que mis pensamientos tomaran ese curso. A todos nos atraen los incidentes lúbricos, la violencia, el horror. Fingimos lo contrario, pero forma parte de nuestra naturaleza. La ambulancia en el arcén, y todos los coches reduciendo al máximo para vislumbrar algún herido... No por eso somos malos.

Una niña tan perfecta, y su cuerpo ensuciado, violado. Su virtud robada. Su alma rota. Sueno melodramático, trillado, pero es que el violador irrumpió en ella con tal fuerza que tuvieron que operarla. Pensadlo. Pensad que eligió a una niña, quizá con la esperanza de que fuera virgen, para poder violar

no solo su cuerpo, sino su inocencia. Pensad en el dolor físico que soportó mientras le desgarraban sus tejidos más íntimos. Y ahora, pensad qué más se desgarró durante la hora en que él estuvo torturando su cuerpo, embistiéndola una y otra vez, tal vez con su rostro a la vista. ¿Cuántas expresiones le dio ella para su disfrute? Sorpresa, miedo, terror, angustia, aceptación, y al final de todo, ya al desconectar, indiferencia. Cada una de ellas, un pedazo de la niña tomado y devorado por el monstruo. Y luego, incluso después del tratamiento —porque siguió sabiendo lo ocurrido—, todos sus sueños románticos sobre la primera vez con su enamorado, todas las historias de amor que en su mente la hacían sonreír, imaginándose adorada por una persona distinta a cualquier otra. Lo más probable es que todo eso hubiera desaparecido para siempre. ¿Qué le quedaba entonces a una niña que se hacía mujer? Es muy posible que hubiera perdido lo que más ocupa a nuestro corazón durante la mayor parte de la vida.

Se acordaba de un olor intenso, pero que no podía describir. Se acordaba de una canción, pero era posible que la hubieran puesto varias veces. Se acordaba de la sucesión de hechos que la hicieron salir por la parte trasera de la casa, cruzar el césped y meterse en el bosque. De los aspersores no se acordaba. Formaron parte de la reconstrucción de los hechos. Se encendían a las nueve y se apagaban a las diez, con un temporizador. La pareja que encontró a Jenny salió cuando estaba mojada la hierba, pero seco el aire. Entre ambos momentos se produjo la violación.

Doug, mientras tanto, estaba con otra, una chica de tercero que lo necesitaba para sus planes de dar celos a uno de cuarto. No vale la pena esclarecer los insulsos motivos de la joven en cuestión. Lo importante para Jenny fue que en un

segundo le hicieron trizas una semana entera de fantasías de las que había hecho depender en gran medida su estado de ánimo. Como era previsible, empezó a ahogar sus penas en alcohol. Según recordaba su mejor amiga, Violet, empezó con chupitos de vodka. Una hora después vomitaba en el cuarto de baño, para diversión de algunos otros, seguida por más humillaciones. Parece un guión de una de esas series de «chica mala» que por lo visto están arrasando. Pero no lo que pasó después. No la parte en que se fue corriendo al bosque, a fin de poder llorar a solas.

Yo estaba furioso. No me disculparé por ello. Quería que se hiciera justicia, pero sin recuerdos, sin indicios forenses más allá de las fibras de lana de debajo de las uñas, porque el monstruo había tomado precauciones, la justicia ya no formaba parte del orden del día. Es pequeño, Fairview. Sí, ya sé que me repito, pero hay que tener en cuenta que no es el tipo de pueblo que pueda atraer a personas de fuera para cometer un crimen. Cualquier desconocido a quien se vea caminando por las dos pequeñas calles comerciales del centro llamará la atención. No en el mal sentido, ¿eh? Por curiosidad. ¿Es pariente de alguien? ¿Acaba de instalarse en el pueblo? De vez en cuando acude gente para algún acto especial, algún torneo, o feria, u otra cosa por el estilo. Vienen de otros pueblos, y los recibimos con los brazos abiertos. En líneas generales somos gente amable y confiada. Pero los fines de semana normales todo el mundo se fija en las caras nuevas.

A lo que voy, con todo esto, es a la siguiente conclusión, que cae por su propio peso: si a Jenny no le hubieran administrado el tratamiento, si hubiera estado intacta su memoria, quizá pudiera haberlo reconocido. Las fibras de debajo de sus uñas eran señal de que había intentado quitarle el pasamontañas. Quizá

se lo arrancase, o se lo subiese bastante para verle la cara. Quizás oyera su voz. A menos que él estuviera callado durante toda una hora de violación. No parece muy probable, ¿verdad? Habría sabido lo alto que era, y si estaba gordo o flaco. Quizá sus manos fueran las de un viejo, o al contrario, las de un joven. Es posible que llevara un anillo, una alianza de oro o el símbolo de algún equipo. ¿Qué calzaba, zapatillas deportivas, mocasines o botas de trabajo? ¿Estaban gastados, manchados de aceite o de pintura, o al contrario, lustrosos? ¿Lo reconocería Jenny si lo tuviese al lado en la heladería? ¿O en el bar? ¿O en el instituto, haciendo cola para comer? ¿Lo intuiría en sus entrañas? Es mucho tiempo, una hora, para estar con otro cuerpo.

Quizá fuera cruel deseárselo a Jenny Kramer. Quizá fuera una crueldad por mi parte persistir en tal deseo. Ya veréis que tuvo consecuencias imprevistas. Pero la injusticia de la situación, la rabia que inspiraba en mí, y la capacidad de comprender el sufrimiento de Jenny, se unieron para dirigirme hacia un solo objetivo: devolverle a Jenny Kramer aquella espantosa pesadilla.

2

A los padres de Jenny los llamaron poco después de las diez y media. Estaban cenando con dos parejas de su club de campo, aunque la cena no era en el club, sino en casa de una de las dos. Fue de lo que se quejó Charlotte Kramer, la madre de Jenny, durante el trayecto de ida en coche: de que habría sido mejor cenar en el club, para amortizar la cuota, y según su marido, Tom, porque a Charlotte le gustaba el ambiente. Como siempre servían cócteles en el salón, independientemente de con quién tuvieras pensado cenar siempre existía la posibilidad de alternar con otros miembros.

Lo único que le gustaba a Tom del club era jugar cada domingo a golf con su cuadrilla: un amigo de la universidad y dos padres del equipo de atletismo de Jenny. En cambio, Charlotte era muy sociable y aspiraba a entrar la temporada siguiente en el comité de la piscina. Cualquiera noche de sábado fuera del club le parecía una ocasión perdida. Era una de las muchas fuentes de discordia marital. Acabaron en silencio el breve viaje en coche, irritados por los comentarios de siempre.

Más tarde se acordaron de la discusión, y de su mezquindad en contraste con la brutal violación de su hija.

Entre lo bueno de los pueblos está que la gente se salta las normas siempre que lo estima conveniente. El miedo a los reproches, o incluso denuncias, no intimida tanto como en

comunidades de mayor tamaño. Por eso cuando el inspector Parsons llamó por teléfono a los Kramer no les contó lo que había pasado. Solo que Jenny había bebido mucho en una fiesta, y que se la habían llevado al hospital. Ante todo les dijo que estuvieran tranquilos, que su vida no corría peligro. Eso Tom lo agradeció: que le ahorrasen unos pocos minutos de agonía durante el trayecto desde la cena hasta el hospital. Después de enterarse de la violación, para Tom cada minuto fue eso, una agonía constante.

Charlotte no lo agradeció tanto, porque la media verdad hizo que se pusiera furiosa por la irresponsabilidad de su hija. Seguro que se enteraría todo el pueblo. ¿Qué imagen daría de la familia? De camino al hospital, hablaron de castigos, sopesando los efectos de prohibirle salir de casa o requisarle el móvil. Una vez que supieron la verdad, el sentimiento de Charlotte, como es lógico, fue de culpa, y esta, a su vez, dio paso al rencor por haber recibido una noticia equivocada. Una reacción muy comprensible cuando te dan un motivo para estar enfadada con tu hija, y justo después te enteras de que la han agredido brutalmente. Aun así, en este caso yo me identifiqué más con Tom; quizá porque soy padre, no madre.

No encontraron a nadie en el vestíbulo del hospital. En los últimos años se había hecho hincapié en recaudar fondos y hacer reformas, y los resultados, aunque más de uno los viera más cosméticos que sustanciales, saltaban a la vista. Madera en las paredes y moqueta nueva. La iluminación era suave, y sonaba música clásica por altavoces inalámbricos discretamente encajados en lo alto de las paredes. Charlotte «asaltó» (en palabras de Tom) el mostrador. Tom le dio alcance y se quedó a su lado, cerrando los ojos y dejando que la música le moderara el pulso. Tenía miedo de que Charlotte se excediera en su

severidad, al menos para lo que dictaba el momento, y quería «compensar». Lo que necesitaba Jenny era dormir, y saber que sus padres aún la querían y que ya se arreglaría todo. Las consecuencias podían esperar a que estuvieran todos más tranquilos, con la cabeza más despejada.

Los Kramer sabían el papel que les correspondía en la familia. Ser autoritaria con Jenny era un atributo de Charlotte. Con el niño, Lucas, se invertían a menudo los papeles, seguramente por su edad (diez) y su sexo. Tom describía esta distribución como aquel que describe un cielo azul: así tenía que ser, en esa y todas las familias. Teóricamente tenía razón. Siempre hay papeles que desempeñar, alianzas cambiantes y buenos y malos polis, pero en el caso de los Kramer los vaivenes naturales parecían haber dejado paso a las necesidades de Charlotte, y los papeles que adoptaban los demás eran los que no monopolizaba ella. Por decirlo de otro modo, la normalidad que intentaba atribuir Tom a su familia demostró ser profundamente anómala, e insostenible.

Con una sonrisa compasiva, la enfermera abrió el seguro de la puerta de acceso a la zona de pacientes. No la conocían. Claro que eso se podía decir de casi todo el personal no médico del hospital. Los profesionales de salarios bajos casi nunca vivían en Fairview, sino en Cranston, la ciudad de al lado. Tom se acordó de la sonrisa. Fue el primer indicio de que el incidente era más grave de lo que les habían hecho creer. La gente subestima los mensajes ocultos en una expresión facial pasajera. Pensemos, sin embargo, en cómo le sonreiríamos a un amigo con una hija adolescente a la que han pillado borracha. La sonrisa expresaría un tipo de empatía cómico, como diciendo: *Es que con los adolescentes no hay manera. ¿Te acuerdas de cómo éramos nosotros?* Pensemos

luego en cómo le sonreiríamos si a la adolescente en cuestión la hubieran violado. Seguro que diría, la sonrisa: *¡Dios mío!* *¡Cuánto lo siento!* *¡Pobre chica!* Se ve en los ojos, en el encogimiento de los hombros y en la forma de la boca. Cuando sonrió la enfermera, Tom pasó de pensar en cómo controlar a su mujer a pensar en ver a su hija.

Cruzaron las puertas de seguridad, pasaron junto a la zona de triaje y se dirigieron a un mostrador circular donde las enfermeras tramitaban papeles y expedientes en ordenadores. Había otra mujer, otra sonrisa preocupante. Avisó por teléfono a un médico.

Me imagino el momento: Charlotte con su vestido de cóctel beis y el pelo rubio muy bien recogido, cruzados los brazos en el pecho, preparando su postura para cuando viera a Jenny, y para las críticas que ya se imaginaba entre el personal; Tom a su lado, quince centímetros más alto, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de sport, apoyándose en un pie y luego en el otro, cada vez más preocupado a medida que su intuición alimentaba pensamientos fuera de control. Los dos estuvieron de acuerdo en que los pocos minutos de espera les parecieron horas.

Charlotte, con su perspicacia, se fijó enseguida en los tres policías que tomaban café al fondo, en vasos de cartón. Estaban de espaldas, hablando con una enfermera. Esta, sintiéndose observada, susurró algo a los agentes, que se giraron a mirar a Charlotte. Tom miraba hacia otra parte, pero también empezó a darse cuenta de que eran el centro de atención.

A ninguno de los dos se les grabaron con exactitud en la memoria las palabras que usó el médico para explicárselo. Hubo, por lo visto, la fugaz constatación por parte de Charlotte de que se conocían de oídas (ya que la hija del médico

iba un curso por debajo de Lucas en la escuela primaria), lo cual hizo aumentar su inquietud por la reputación de su hija, y por que el desdoro que acababa de sufrir pudiera llegar a oídos de su hermano. El doctor Robert Baird. Le faltaba poco para cumplir cuarenta años. Robusto. Pelo castaño y poco abundante, y ojos azules de expresión bondadosa que se empequeñecieron cuando pronunció ciertas palabras, a la vez que se elevaban sus mejillas. De algo de él se acordaron los dos en el momento en que empezó a exponer las lesiones. *Desgarro externo del perineo y del ano... lesiones rectales y vaginales... amoratamiento del cuello y de la espalda... operación... puntos... reconstrucción.*

Una vez salidas de su boca, las palabras se quedaron flotando en el aire como si pertenecieran a otro idioma. Charlotte sacudió la cabeza y repitió varias veces la palabra «no», sin alterarse. Dio por hecho que el médico los confundía con los padres de otra paciente, e intentó evitar que revelase nada más, para ahorrarle la vergüenza. Repitió su nombre y le dijo que a su hija la habían ingresado por «pasarse» en una fiesta. Más tarde Tom recordó que se quedó callado, como si no hacer ruido fuera la manera de parar el tiempo antes de que la situación siguiera por la cuesta que empezaba a vislumbrar.

El doctor Baird dejó de hablar y lanzó una mirada a los policías, uno de los cuales, el inspector Parsons, se acercó despacio, con visible reticencia. Baird y Parsons se apartaron para hablar. Baird sacudía la cabeza, mirando sus zapatos negros. Suspiró. Parsons hizo un gesto de disculpa con los hombros.

Acto seguido Baird volvió a ponerse delante de los Kramer, y con las manos juntas, como si rezara, les expuso la verdad concisa y sin adornos. *Han encontrado a su hija en el bosque, detrás de una casa de Juniper Road. La han violado.*

Al doctor Baird se le quedó en la memoria el ruido que salió del cuerpo de Tom Kramer. No era una palabra, ni un gemido, ni un grito ahogado, sino algo que jamás había presenciado. Sonaba a muerte, como si hubieran matado un trozo de Tom Kramer. A Tom se le doblaron las rodillas. Tendió las manos hacia Baird, que lo sujetó por los brazos e impidió que se cayera. Llegó corriendo una enfermera que les ofreció su ayuda y se brindó a traer una silla, pero Tom no la quiso. *¿Dónde está? ¿Dónde está mi niña?*, exigió saber, apartándose del médico. Se lanzó hacia una de las cortinas, pero la enfermera lo retuvo por los antebrazos, desde atrás, y se lo llevó otra vez al pasillo. *Está aquí al lado. Se pondrá bien. Ahora duerme.*

Llegaron a una de las zonas de triaje. La enfermera apartó la cortina.

Desde que nosotros tuvimos a nuestra hija, desde que fuimos padres por primera vez —se llama Megan y ya va a la universidad—, mi mujer me ha contado que proyecta situaciones parecidas en su vida. El primer día en que vimos que se iba en nuestro coche, saliendo del camino de entrada. El verano en que se fue a participar en un programa en África. Cuando la pillamos subiéndose a un árbol del jardín, parece que haga un siglo. Podría haber tantos ejemplos... Mi mujer cerraba los ojos y visualizaba un amasijo de metal y carne a un lado de la carretera, o al jefe de una tribu con un machete y nuestra hija a sus pies, deshecha en llanto. O a nuestra hija con el cuello partido, y su cuerpo sin vida al pie de un árbol. Los padres viven con miedo, y los factores de los que depende nuestra forma de enfrentarnos a él, de procesarlo, son demasiados para que los enumere aquí. Mi mujer tiene la necesidad de ver las imágenes y sentir el dolor. Luego lo

guarda en una caja y la deja en una estantería. Así, cuando reaparece la preocupación, furtiva e insistente, puede mirar la caja y dejarse atravesar por la inquietud sin que esta logre arraigar y cebarse en su gusto por la vida.

Estas imágenes de mi mujer me las ha descrito ella misma, y hasta ha derramado algunas lágrimas entre mis brazos. Lo que hay en el centro de cada descripción, lo que me conmueve por su uniformidad, es la yuxtaposición de pureza y corrupción, del bien y el mal. Porque ¿puede haber algo más puro, más bueno que un niño?

Cuando Tom Kramer tuvo a su hija delante, vio lo que mi mujer solo se había imaginado. Pequeñas trenzas con cintas junto a los morados de la cara. Rímel corrido en lo que aún eran mofletes de niña. Pintaúñas rosa en uñas rotas. Uno solo de los pendientes que le había regalado Tom para su cumpleaños, con su piedra del mes. Faltaba el del lóbulo opuesto, ensangrentado. Alrededor había varias mesas de metal con instrumentos y apósitos empapados de sangre. Estaba todo por limpiar, porque aún no habían terminado el tratamiento. Al lado de la cama había una mujer con una bata blanca de laboratorio que le tomaba la presión. Llevaba estetoscopio. Apenas levantó un momento la vista del disco de la bomba de goma negra. Una policía discretamente apostada en un rincón se fingía ocupada con una libreta.

Como lo de «la vida en un segundo» justo antes de morir, Tom vio a una recién nacida en una manta rosa de bebé. Sintió en su cuello el aliento de un bebé que dormía en sus brazos. Una mano diminuta perdida en su palma. Un abrazo a manos llenas en sus piernas. Oyó una risa aguda salida de una blanda barriguita. La relación entre los dos no estaba empañada por el mal comportamiento. Eso lo tenía en exclusiva Charlotte, y me

di cuenta de que en ese aspecto les había hecho, sin querer, un regalo a los dos.

Aún no había aparecido, aunque ya lo haría, la rabia contra el agresor. Si algo vio, sintió y oyó Tom en ese momento fue que no había protegido a su niña. Sería imposible medir su desesperación, o describirla con palabras adecuadas. Se puso a llorar como un niño, con la enfermera al lado, y su hija pálida e inerte en la cama.

Charlotte Kramer se quedó más rezagada, junto al médico. Aunque pueda parecer chocante, vio la violación de su hija como un problema que había que resolver. Una cañería rota que estaba inundando el sótano. O algo peor, tal vez: un incendio que había dejado su casa hecha cenizas, pero sin matarlos. La clave era lo último, que habían sobrevivido. Sus pensamientos se centraron de inmediato en la reconstrucción de la casa.

Miró al doctor Baird con los brazos cruzados.

¿Qué tipo de violación?

Bair se quedó callado, sin saber muy bien cómo interpretar la pregunta. Charlotte se dio cuenta de su perplejidad.

Que si se ha pasado de la raya alguno de los chicos de la fiesta.

Baird sacudió la cabeza.

No lo sé. Quizá sepa algo más el inspector Parsons.

Charlotte se impacientó.

Por lo que se pueda haber visto en las pruebas, me refiero.

Que si le han hecho un examen posviolación, vamos.

Sí. Estamos obligados, por ley.

Y... ¿han encontrado algún indicio que ayude a hacerse una idea?

Señora Kramer, no sé si no es mejor que vea primero a Jenny, y después lo hablemos con usted y su marido con más intimidad.

Charlotte se quedó un poco molesta, pero le hizo caso. No es una persona de trato difícil. Si mis descripciones llevan a pensar lo contrario, habrá sido sin querer, os lo aseguro. Charlotte Kramer me inspira un gran respeto. No ha tenido una vida fácil. Sorprende la moderación con la que ha asimilado su trauma infantil. Es un reflejo de su fortaleza de ánimo. Yo creo que quería de verdad a su marido, aunque lo castrase. Y a sus hijos también, a ambos por igual, aunque con Jenny fuera más exigente. Pero es que la palabra «amor» pertenece a la esfera del arte, no a la de la ciencia. Cada persona puede describirlo con distintos términos y sentirlo a su manera. Por amor habrá quien lllore y quien sonría. Quien se enfade y quien se ponga triste. Quien se excite y quien esté tan satisfecho que el amor le dé sueño.

Charlotte vivía el amor a través de un prisma. No es fácil describirlo sin que parezca que vuelvo a hacer juicios de valor, o sin que os haga verla con antipatía, pero el caso es que Charlotte tenía la necesidad acuciante de crear lo que le habían quitado en su infancia: una familia americana tradicional (hasta «aburrida», creo que decía). Le encantaba su pueblo porque sus habitantes pensaban todos de modo parecido y eran todos gente trabajadora y con principios. Le encantaba su casa por su estilo colonial, típico de Nueva Inglaterra, y por la tranquilidad del barrio. Le encantaba estar casada con Tom porque era un buen padre de familia, y su trabajo, aun siendo bueno, no era fabuloso. (Los trabajos fabulosos apartaban a los hombres de sus familias.) Tom dirigía varios concesionarios de coches. Conviene señalar que vendía BMW, Jaguar y otros modelos de lujo, cosa que, según lo que me han dicho, no tiene nada que ver con dedicarse a «colocar» Hyundais. En cuanto a si Charlotte quería a Tom al margen de todas estas

cosas, ambos lo ignoraban. A sus hijos los quería porque eran suyos y porque cumplían con todos los requisitos de un niño: inteligentes, deportistas y obedientes (en la mayoría de los casos), pero también desordenados, ruidosos y tontos, objeto necesariamente de mucho trabajo y mucho esfuerzo, lo cual le daba a ella algo digno en que ocuparse, y de lo que hablar largo y tendido con sus amigas del club a la hora de comer. Sentía amor, profundo amor, por todos los detalles de la composición. Por eso cuando Jenny «se rompió», Charlotte sintió la urgencia de arregarla. Ya he dicho que necesitaba reconstruir la casa.

Una vez ingresada en urgencias, Jenny fue sedada. Los chicos que la habían encontrado dijeron que a ratos estaba consciente y otros no, aunque es más probable que fuera por el shock que por la borrachera. Tenía los ojos abiertos, y pudo incorporarse y caminar sin mucha ayuda por el césped, hasta una tumbona. Según la descripción de sus amigos, había momentos en que parecía que los reconociera y supiera dónde estaba y qué había pasado, pero al cabo de unos segundos ni siquiera contestaba a sus preguntas. Estaba catatónica. Pidió ayuda, lloró y se quedó en blanco. El personal de la ambulancia informó de la misma conducta. Lo que ocurre es que el protocolo les impide administrar sedantes. Cuando se puso histérica fue en el hospital, al principio del examen. El doctor Baird pidió que la aliviasen. La hemorragia era bastante preocupante para medicarla sin esperar a la autorización, ya que de lo contrario no habrían podido examinarla.

Aunque de puertas afuera no lo demostrase, Charlotte quedó profundamente afectada al ver a su hija. De hecho, tengo la impresión de que en el primer momento sintió algo muy parecido a Tom. Se aferró con las dos manos al brazo de

su marido, a pesar de que casi nunca se tocaban fuera del dormitorio (y dentro solo para practicar los mecanismos de la intimidad), y escondió la cara en la manga de su camisa, susurrando: «Dios mío». Llorar no lloró, pero Tom notó que le clavaba las uñas mientras hacía el esfuerzo de recuperar la compostura. Cuando intentó tragar saliva, sintió su boca completamente seca.

Al inspector Parsons, que los veía a través de la cortina, se le quedaron en la memoria las expresiones con las que contemplaron a su hija. Tom estaba demudado y lacrimoso, con el sufrimiento marcado en las facciones. En cuanto al rostro de Charlotte, tras la breve pérdida de compostura se mostró resoluta. Manteniendo el tipo, dijo Parsons, que recordaba su incomodidad al ser testigo de un momento tan íntimo. Aun así no apartó la vista. Dijo haberse quedado estupefacto por la debilidad de Tom y la entereza de Charlotte, aunque cualquier otra persona con una idea menos simplista de las emociones humanas se habría dado cuenta de que en realidad era todo lo contrario: hace falta mucha más entereza para manifestar emociones que para reprimirlas.

El doctor Baird estaba detrás, consultando un gráfico de un portapapeles colgado al pie de la cama de Jenny.

¿Por qué no hablamos en la sala de familiares?, propuso.

Tom asintió, enjugándose las lágrimas, y se agachó para besar la coronilla de su hija, preludio a una serie de profundos sollozos. Charlotte apartó un pelo suelto de la cara de Jenny y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Angelito mío... angelito, amor mío..., susurró.

Salieron al pasillo detrás de Baird y el inspector Parsons, y llegaron a una puerta cerrada. Detrás había otro pasillo que llevaba a un pequeño salón con muebles y un televisor. Baird

se ofreció a pedir café o algo de comer, pero los Kramer no quisieron. Baird cerró la puerta. Parsons se sentó al lado del médico, enfrente de los Kramer.

Así explicó Charlotte lo sucedido desde aquel momento:

Empezaron a irse por las ramas, preguntando por los amigos de Jenny, si conocíamos a alguien de la fiesta, si Jenny tenía problemas con algún chico, si nos había comentado que la molestara alguien en el instituto, o en el pueblo, o en las redes sociales... Tom contestaba como si estuviera en Babia y no se diera cuenta de que lo único que hacíamos era esquivar lo importante. No digo que no estuvieran justificadas, las preguntas, ni que no tuviéramos que haberlas contestado en algún momento, pero estaba harta, la verdad. Quería que me dijeran algo a mí. Siempre me esfuerzo mucho por dejar que lleve Tom los pantalones, como quien dice, porque sé que a veces soy un poco controladora. Aunque bueno, tampoco se queja nadie de que la casa esté ordenada al milímetro, ni de que haya de todo en la nevera, ni de que esté toda la ropa limpia, planchada y guardada en su sitio... En fin, que me esfuerzo, porque sé que en los matrimonios es importante que el hombre sea el hombre, pero ya no podía más. De verdad que no podía.

Resumiendo, que los interrumpí, a todos los hombres, diciendo: «Alguien tiene que explicarnos qué le ha pasado a nuestra hija». El doctor Baird y el inspector se miraron como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en hablar. El palo más corto le tocó al doctor, que nos lo dijo. Nos explicó cómo la habían violado. No fue lo que esperaba yo, que hubiera perdido los papeles algún chico que le gustara. Dios mío... Me doy cuenta de lo mal que suena. Seguro que las feministas se me tirarían a la yugular. No quiero decir que en el fondo no sea una violación, ni que no haya que castigarla. Te aseguro que cuando Lucas sea

mayor me ocuparé de que se entere de lo que le caería encima si no estuviera seguro al cien por cien de que es consentido. Tengo muy claro que los hombres tienen una responsabilidad, y que es necesario que se den cuenta de que en cuestiones sexuales no estamos en igualdad de condiciones. Y no solo por fisiología. Por psicología también, porque las chicas todavía se sienten presionadas a hacer cosas que no quieren, y los chicos, los hombres, entienden muy poco cómo lo viven ellas. Bueno, que no fue lo que esperaba. De hecho fue lo que más temía. Esa parte la explicó el inspector Parsons. El violador llevaba un pasamontañas. La obligó a ponerse boca abajo y... Perdón, es que me cuesta decirlo en voz alta. Oigo las palabras dentro de mi cabeza, pero decirlas es muy diferente.

Charlotte hizo una pausa para recuperarse. Tenía un método invariable al que siempre recurría: una larga inhalación con los ojos cerrados, una breve sacudida de la cabeza y una lenta exhalación. Al abrir los ojos, miró hacia abajo y asintió para confirmar que volvía a ser dueña de sí.

Lo soltaré todo de golpe, y así ya estará dicho. La violaron por detrás, vaginal y analmente, parece que de forma alterna, durante una hora. Bueno, ya está, ya lo he dicho. Al examinarla encontraron rastros de espermicida y látex. El... el ser en cuestión se puso un preservativo. No encontraron ni un pelo. Los que vinieron más tarde de Cranston, de la policía científica, dijeron que lo más probable era que se afeitase. ¿Te imaginas? Se preparó para la violación como un nadador olímpico. Pues la medalla de oro no la ganó, ¿eh? Todas las lesiones físicas se han curado perfectamente. No notará ninguna diferencia respecto a cualquier otra mujer. Y emocionalmente, pues...

Hizo otra pausa, pero más para pensar que para rehacerse. Su tono se tiñó de irreverencia.

Me acuerdo de que pensé que menos mal que existía el tratamiento. Deshicimos todo lo que le habían hecho a mi niña. Perdona que sea tan malhablada, pero pensé que se podía ir a la mierda, esa persona. Ya no existe.